

# Los mundos de Julio Caro Baroja

## *The worlds of Julio Caro Baroja*

■ Antonio Carreira\*

**Resumen:** El madrileño de origen vasco, Julio Caro Baroja (1914-1995), si por algo es conocido es por su labor de antropólogo, etnógrafo y folclorista, aunque tampoco pueden dejarse de mencionar sus excelentes trabajos como historiador, lingüista y ensayista. Fue un gran estudioso de los hechos y las cosas, pero a diferencia de su tío, don Pío, no los novelaba, los describía y los analizaba sin olvidar nunca su dimensión humana. En estas líneas se rememoran los «mundos» de don Julio, personaje erudito y fecundo donde los haya.

**Palabras clave:** Julio Caro Baroja. Antropología. Brujología. Etnografía.

**Abstract:** Julio Caro Baroja (1914-1995), although of Basque origin, was born in Madrid and is known for his research on anthropology, ethnography and folklore, not to mention his excellent work as a historian, linguist and essayist. He was a great researcher of facts and things, but unlike his uncle, Don Pio, did not fictionalize, he described and analyzed them, but always bearing in mind their human dimension. This article remember the «worlds» of Don Julio, a prolific scholar and unparalleled character.

**Key words:** Julio Caro Baroja. Anthropology. Witchology. Ethnography.

■ El título de este trabajo es voluntariamente ambiguo. Don Julio, hombre tímido y reservado, solo cerca de los sesenta años, cuando se sentía algo más reconocido por su actividad, empezó a tratar de su vida, familia y maestros, en textos varios que de alguna forma intentan explicar el raro fenómeno de un intelectual muy activo y sin embargo independiente, ajeno a la vida universitaria y dedicado a tareas que en España tenían poco cultivo y casi ningún atractivo, sobre no ser nada rentables. Una de sus frases más citadas es que hablar de Antropología en este país a mediados del siglo xx era como hablar de las coplas de Caláinos. Quien escribe estas líneas puede acreditar que en los años 60 era posible hacer la carrera de Letras en la Universidad Central, como entonces se llamaba, sin oír mencionar a Caro Baroja, que para entonces ya había publicado más de veinte libros y un centenar de artículos sobre la España antigua, los

vascos y su lengua, el Sáhara, las brujas, los judíos, los moriscos, Tecnología popular y Folklore, amén de otros más teóricos. La palabra que designa el hecho es ninguneo. Quienes entonces sacamos de la universidad tan poco provecho como el que obtuvo el propio don Julio intentábamos quitarnos telarañas de los ojos, lo que, en el campo de las humanidades, significa que buscábamos orientación bibliográfica, procurando que los libros nos diesen lo que no daban los profesores. Que los exiliados fuesen dificultosos de leer, cuando había censura para lo que se publicaba o se importaba, puede entenderse; pero que no se mencionaran en clase autores como Caro Baroja, cuya significación política era entonces desconocida, no se explica solo por el ninguneo voluntario a personas con un apellido «incómodo», como él definió el suyo materno, sino por la habitual inquina de la universidad hacia los francotiradores —algo que también en Francia tuvo marginado a Arnold Van Gennep.

Otro de los tópicos que don Julio ha atacado más de una vez es la confusión de ciencia con asignatura. Este último término tenía para él connotaciones muy ingratas, casi de parodia de la ciencia misma. En aquellos tiempos, por ejemplo, era posible estudiar Historia de la Filosofía en cuadros esquemáticos, según se titulaba uno de los textos que usábamos en los cursos comunes, y no menos esquemáticos eran los cuadros de Historia Universal o del Arte, de Literatura Española o Latina, con los que entonces era forzoso bregar. Recuerdo haber tenido que memorizar los títulos de tragedias de Ennio y su sobrino Pacuvio, ninguna de las cuales se conservan. Un sinsentido peor que la tópica lista de los reyes godos, de los que al fin se sabe algo, aunque sea poco. Pero entonces se hacía lo que fuera con tal de no ir a las cosas mismas. Y claro, las materias que no encajaban de lleno

en las asignaturas, ni se mencionaban. El concepto de lectura desinteresada, que don Julio defendió alguna vez, no existía. Había que aprobar, y ello suponía ceñirse a la asignatura. Las anteojeras eran obligatorias.

Ahora bien, aquí hay un círculo vicioso. Los temas tratados por don Julio podían parecer secundarios, si se quiere, cuando estudiarlos era inusitado. Andando el tiempo, y gracias en buena medida a su labor, resultaron tan centrales como el que más: recordemos solo dos, los moriscos y los judíos, que han originado abundante bibliografía. ¿Por qué había de ser menos formativa la historia de tales minorías que las esquinas de palacios renacentistas que nos hacían identificar con diapositivas en clases de Historia del Arte? Tampoco sería razonable considerar secundario el estudio de la España antigua, cultivado por maestros propios como García Bellido y Gómez Moreno, o extraños como Adolf Schulten, desde hacía mucho tiempo. *Los pueblos de España*, y *La España primitiva y romana*, libros de don Julio impresos en 1946 y 1957, podían aclarar muchas cosas a los atribulados estudiantes de Comunes o de la especialidad de Historia, igual que los *Materiales para una historia de la lengua vasca en relación con la latina*, de 1946, o *Algunos mitos españoles*, de 1941, hubieran sido de consulta provechosa para quienes nos iniciábamos en la Filología. Solo se nos ocurren dos posibilidades: si nuestros profesores los conocían, malo; si no, peor. En resumen, los mundos de don Julio eran marginales, periféricos respecto a la cultura oficial, y solo el paso del tiempo ha venido a convertirlos en lo que son: mundos apasionantes, cuya importancia tal vez no se descubra desde ninguna asignatura, pero sí desde una perspectiva menos encorsetada.

Tampoco es muy exacto decir que con el tiempo se fueron llenando de interés, porque en otros países lo tenían bien alto

\* El autor es doctor en Filología Románica, catedrático de Lengua y Literatura Española, jubilado, y miembro del Centro para la Edición de los Clásicos Españoles (CECE).



desde mucho antes. Don Julio mismo se encargó de mostrar cuánto debía la cultura occidental a antropólogos como Edward B. Tylor, James G. Frazer, Franz Boas, Marcel Mauss, Alfred Kroeber, e incluso por aquellos años gozaban de alto prestigio fuera de España gentes como Georges Dumézil, Lévi-Strauss o Evans-Pritchard. ¿Aquí nadie sabía de ellos? ¿Era forzoso encastillarse en la propia especialidad? Los conceptos que hemos usado de ninguneo y asignatura explican, pero no justifican. A ellos hay que añadir el de coto cerrado, que don Julio usó para referirse a la reticencia con que fue recibida, por parte de algunos, su gran obra sobre los judíos. Porque uno de sus problemas en la sociedad que le tocó vivir, aunque parezca hipérbole, es que sabía demasiado. Esto también se ha dicho, y con razón, pues no pagaba tributo a las capillas consagradas, y entraba en cuantos dominios creía oportuno, sin respetar las barreras convencionales. Hoy diríamos que rompía los esquemas. Su saber era tan incómodo al menos como su apellido.

Don Julio, en sus trabajos de mayor enjundia, no pretendió llamar la atención ni meterse con nadie en especial, sino labrar calladamente su propio campo. Supo, desde muy pronto, que era preciso llenar huecos, y a la vez poner orden en las múltiples e inconexas tareas llevadas a cabo por folkloristas y eruditos locales. De ahí su preocupación por el método, que le acompañó toda la vida, y que ha sido bien estudiada por Francisco Castilla en su libro sobre el análisis social de Caro Baroja y en trabajos complementarios.<sup>1</sup> No vamos ahora a tratar de ello, pues tampoco nos parece lo más importante. El propio Castilla ha demostrado que don Julio, en cuanto antropólogo, se apartó pronto de los histórico-culturales, incluido su propio maestro Barandiarán, y, tras una etapa más

o menos funcionalista que culmina en los *Estudios Saharianos*, se fue haciendo escéptico a medida que maduraba. Hacia 1963, don Ramón Carande, en trance de recibirlo en la Real Academia de la Historia, lo definía con estas palabras muy precisas:

«Le atraen poco las normas sistemáticas; su mundo reside en la información concreta, en noticias puntuales y directas recogidas de los textos, las cosas y los hechos que, a menudo, conmueven el artificioso andamiaje doctrinal. Apenas le detiene la cuestión del método; acredita los suyos con el desarrollo de la obra emprendida».<sup>2</sup>

Ahora bien, por llenar huecos debe entenderse hacer lo no hecho, rectificar lo mal hecho, y avanzar sobre lo hecho. Don Julio apreció en seguida que España iba rezagada en ese terreno, un terreno que era preciso abarcar como un todo coherente. Algo muy próximo a lo que por las mismas fechas realizaba Jorge Dias en Portugal, con la diferencia de que Dias, formado en Alemania, pudo constituir un formidable equipo de etnógrafos, entre los cuales había un dibujante excepcional, Fernando Galhano, mientras que don Julio hubo de trabajar en soledad, conseguir a pulso buena parte de sus libros y hacer sus propios dibujos. En las *Disquisiciones antropológicas*, cuyo Eckeremann es Emilio Temprano, dice que la suya «no fue una selección deliberada sino una selección mecánica, fruto del resultado de unas lecturas».<sup>3</sup> Es posible que así fuera, ya que en la vida siempre intervienen factores aleatorios. No obstante, orientado por su madre y sus tíos, luego por buenos maestros como José Miguel de Barandiarán, Telesforo de Aranzadi, Hugo Obermaier o Hermann Trimborn, y sin olvidar lo mucho que aprendió de sí y por sí mismo, fue viendo claro su camino. Lo que llama mo-

Julio Caro Baroja (1914-1995) retratado por Carmen Caro (cortesía de la autora)

destamente «unas lecturas» son largos años de encierro y estudio que, según confiesa, llegaron a poner en peligro su propia salud; un vuelco hacia dentro propiciado por una situación económicamente difícil, pero intelectualmente inmejorable.

Cuando acaba la guerra civil y don Julio obtiene su doctorado, los horizontes que percibe son demasiado amplios, duda entre la Arqueología y la Historia antigua, lo tienta la Etnología, y sin renunciar a ninguna de esas ciencias, acaba en la Antropología y en la Historia social.<sup>4</sup> Un campo enorme todavía, pero abarcable si se sigue la recomendación kantiana de estudiar primero lo más próximo. «Saber —nos dice en el libro antes mencionado— es pensar por la propia cuenta y tomar conciencia de las limitaciones de cada uno. Es decir, conocer lo que uno puede llegar a dominar por sí mismo, eludiendo todo lo que no se es capaz ni siquiera de intuir» (*ibid.*, p. 439). El *nosce te ipsum* asoma bien a las claras en esas palabras. Aun así —opina Francisco Castilla—, «en un mundo tan especializado como el actual, el rigor y la sabiduría con que Caro Baroja escribe de materias tan dispares como las que abarca su bibliografía, no solo sorprende sino que puede llegar a desanimar a quienes pretenden acercarse a sus investigaciones».<sup>5</sup> Ese desánimo lo hemos conocido bien quienes intentábamos estar al día de su producción en los momentos de mayor fecundidad. Cuando yo procuraba, como medida propedéutica, completar su bibliografía, solía decir, bromeando, que «donde menos se piensa, salta don Julio», porque un artículo, una entrevista, una semblanza, podía aparecer en el sitio menos esperable, desde el *Playboy* hasta un folleto sobre quesos o la revista que uno consultaba distraídamente en el avión, sin mencionar sus innumerables prólogos o epílogos a los libros más dispares.

No es nuevo decir que todo estudiante necesita hacer grandes esfuerzos, para seguir sus cursos con aprovechamiento y a la vez asimilar en lo posible el trabajo de maestros que a lo mejor le llevan treinta años —la diferencia que había entre don Julio y los de mi promoción. El problema con él era grave: su obra, ya copiosa, no siempre resultaba fácil de adquirir, ni el tiempo permitía leerla con calma en una biblioteca pública, ni menos aún releerla practicando la máxima humanista: *liber librum aperit*. Don Julio, además del interés y la novedad de sus estudios, remite constantemente a trabajos que fundamentan los suyos, da por sabidas muchas cosas que uno ignora, parte de la base de que todo lector está en condiciones de hacer lo que él hacía, siguiendo el consejo de Píndaro: agotar el campo de lo posible.<sup>6</sup> En ese sentido se puede admitir que no se curaba en exceso de las limitaciones de quienes lo leían o escuchaban, lo suyo era un magisterio a distancia, y a un nivel que exigía considerable esfuerzo por parte de los demás. Francisco Castilla también ha observado que leerlo es escuchar su voz, el autor se hace notar a pesar de su discreción, su estilo es barojiano, sabio y sencillo; quizá por eso, un hombre de tanta competencia idiomática y lectora no resulta nunca pedante.<sup>7</sup> Se comporta como si estuviese al alcance de cualquiera poseer diez o doce lenguas, sentir curiosidad por multitud de temas y dedicar años enteros a leer, asimilar y anotar los libros de una nutrida biblioteca. Huelga decir que tales condiciones no se dan casi nunca, y se daban aún menos en nuestra juventud. De ahí la inevitable sensación de desánimo ante su obra. Uno lee y aprende, mejor o peor, sí, pero por cada trabajo que lee, ¿cuántos le faltan o deja de leer? Mejor no pensarlo. Los mundos de don Julio de alguna manera nos están diciendo lo que el personaje de un chiste que él solía contar:

«los verás, pero no los catarás». Y no sirve de consuelo que el día tenga 24 horas para todos, porque esas horas unos las ensanchan hasta lo increíble y a otros se nos encogen hasta quedar en nada.

Mundazos son, como dijimos, los de los judíos o los moriscos, la religiosidad popular, la historia y la etnografía vasconavarra. Mundillos pueden considerarse el anticlericalismo, Garibay o las falsificaciones en la Historia de España. Mundos de regular tamaño, los restantes: la literatura de cordel, el teatro de magia, las brujas, los arquetipos, las fiestas estacionales, la vida de los nómadas saharauis, los artefactos ergológicos, la antropología criminal, la Fisiognómica..., aunque la clasificación sería, además de ridícula, falaz: tan insondable es lo que se descubre con un telescopio como lo que desvela un microscopio; todo depende del instrumento que se usa y, por supuesto, del ojo que mira. Carande, tras revisar los principales trabajos de don Julio hasta 1963, confesó sentirse perplejo ante lo que llamó «extensos confines de tierras extrañas».<sup>8</sup> Si eso decía un gran historiador cuando la bibliografía carobarojiana contaba 180 entradas, ¿qué hubiera dicho treinta años más tarde, cuando pasaba de mil? ¿Cómo esperar de don Julio una monografía sobre Toledo? Pues también la hay. Y si se pone a contar su vida y la de su familia en *Los Baroja*, sale el más completo y ameno libro de memorias español del siglo xx. Al mismo tiempo nos brinda la mejor galería de nuestros grandes hombres en las *Semblanzas ideales* y en otras menos ideales recogidas en *Biografías y vidas humanas* o todavía sin recoger. Muy diferentes son los ámbitos teóricos a que nos asoman libros como *Análisis de la cultura*, *La aurora del pensamiento antropológico*, *Los fundamentos del pensamiento antropológico moderno*, *Realidad y fantasía en el mundo criminal*. Sí, existen los manuales de Haddon, de

Lowie, que don Julio menciona. Pero su análisis detallado de los cuatro tomos del *Essai sur l'inégalité des races humaines*, de Gobineau, o los tres de la *Völkerkunde* de Ratzel, por citar solo dos casos entre muchos, son ejemplos de una capacidad de asimilación muy fuera de lo común, incluso entre especialistas. En una entrevista, le preguntaron «cómo se puede compaginar esta cultura libresca con la moderna cultura de la imagen y la tecnología». La respuesta no tiene desperdicio:

«Creo que lo que ha fallado en esto es el sistema de enseñanza. Mucha representación, mucha imagen, muchos colorines. Yo no renuncio a eso, pero me dan para atrás esos teóricos, sociólogos y futurólogos que nos han vendido la cultura de la imagen sin letra... El que no lee, no piensa, y se embrutece. La sustitución de la letra por esas imágenes que ahora se ofrecen, que son de una banalidad espantosa, me parece una monstruosidad y una rutina mental: es un factor de embrutecimiento del hombre moderno».<sup>9</sup>

Y con o sin imágenes, él sabía bien que hay cierto tipo de lecturas, de revistas o de novelas, que pueden hacer el mismo efecto.

Si nos fijamos ahora en la recepción de don Julio, es cierto que hay obras suyas de lectura trabajosa para los no iniciados, tal es la riqueza de datos que manejan, tan amplia la perspectiva con que los estudian, incluso algunas de las que alcanzaron cierta celebridad. La palabra *brujología* le parecía, con razón, una especie de centauro lingüístico,<sup>10</sup> y se reía de su fama como brujo, puesto que *Las brujas y su mundo*, de 1961, se reimprimió en libro de bolsillo y se tradujo a varias lenguas. Pero él era consciente de que pocos lo terminarían, porque, tras largas páginas dedicadas a crédulos como Pierre de Lancre e incrédulos como el inquisidor Salazar y Frías, el lector ingenuo pierde la esperanza de saber cómo hacían



las brujas para volar; un malentendido más respecto a su figura, no muy disímil del de aquellas señoras que, al pasar por la calle, lo saludaron confundiendo con alguien que había dado por televisión estupendas recetas de cocina. Si el episodio no pasa de algo cómico, otros hubo más trascendentes incluso para su recelo ante la docencia, como este que él mismo relata:

«Habiéndome encargado en 1947 de un curso de Folklore español para norteamericanos, hubo las protestas consiguientes porque varios de los que se matricularon esperaban que el profesor diera zapatetas en un tablero o tocara la guitarra, no que les fuera a amargar con monsergas intelectuales unas dulces vacaciones».<sup>11</sup>

Tras lo cual viene una frase corrosiva cercana al ex-abrupto: «El cultivo de la monserga es mi profesión» (p. 9). En cambio, libros misceláneos de título neutro como *Razas, pueblos y linajes*, *Estudios sobre la vida tradicional*, *El mito del carácter nacional* y *De la superstición al ateísmo* no pasaron de la primera edición o tardaron mucho en hacerlo, y sin embargo contienen sus trabajos más incisivos y comprometidos, impresos en el declive de la dictadura franquista: *La crisis del caserío*, *Del campo y sus problemas*, *La despoblación de los campos*, *Sobre la importancia de la mentira en las ciencias históricas*, *La fuerza del olvido*, *El campesino como objeto de especulación política*, o el prólogo al último volumen citado, en que hace gala de su agnosticismo, con recomendaciones de audacia sorprendente como estas: «Crea usted; pero crea poco... Crea, pero no moleste».<sup>12</sup> Don Julio dijo alguna vez que es fácil controlar lo que se imprime o se vende, pero lo que se lee o se asimila, es imposible.

Varios libros son áspers por su contenido, derivado de legajos inquisitoriales o de

indigestos tomos de teólogos y casuistas, y a pesar de capítulos introductorios que pueden ser oro de ley, uno tarda en descubrir a dónde quieren ir a parar; en *Vidas mágicas e Inquisición*, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, incluso *Las formas complejas de la vida religiosa*, la enorme cantidad de ejemplos y casos dificulta captar cuál es la idea que los gobierna, como si los árboles impidiesen ver el bosque. Don Julio lo sabía, y en una ocasión comenta: «Eso de que los árboles no dejan ver el bosque es cierto, pero también hay el que no llega a ver ni los árboles».<sup>13</sup> Otros son pasto de especialistas, y no pueden llegar al gran público. ¿A cuántos interesan hoy los préstamos latinos del vascuence? ¿A quién quita el sueño la tipología de los arados, la estructura de los molinos de viento, el funcionamiento de las norias o los batanes? ¿Qué decir de los tres tomos consagrados a la Etnografía histórica de Navarra, o los cuatro sobre la casa del mismo reino? Interesarán a los vascólogos, a los navarros amantes de su tierra, a los estudiosos de la Ergología o de la arquitectura popular, y poco más. Don Julio no escatimó esfuerzos, aun sabiendo que practicaba el soliloquio. Hizo lo que consideró que podía y debía hacer, consciente de que aquellas tareas corrían prisa en «un país —cito textualmente— que durante siglos ha estado encantado mirando su pasado, y en cuanto puede, sale y lo rompe todo, como si no quisiera saber nada de lo que ha sido».<sup>14</sup>

A un público algo más amplio, tampoco demasiado, se dirigen las dos películas etnográficas realizadas con su hermano Pío, *Guipúzcoa* y *Navarra. Las cuatro estaciones*. Todavía en sus últimos años le sobró tiempo para dibujar o pintar lo que él llamaba sus monigotes, un mundo de fantasía con el cual confesaba haber ganado más dinero que con los libros, y al que suelen asomar personajes

suyos o de su tío Pío, e incluso versiones inesperadas de sí mismo, como el Giulio Griggione de sus *Veladas de Santa Eufrosina*. En este campo es una joya su gracioso poema en cuaderna vía dedicado a Julian Pitt-Rivers, a quien caracteriza como don Illán, y cuyo maestro, el antropólogo Evans-Pritchard, aparece como don Prichardo:

*Había entre los otros un bachiller parlero,  
don Julio se llamaba ese gran traicionero,  
con los diablos pacto hizo en el mes de enero,  
de clérigos e monjas era enemigo artero.  
Sabía nigromancia, también astrología,  
con círculos e puntos horóscopos hacía,  
todas las malas artes el tal deprendía,  
historia, numismática e vieja etnología...  
A Morgan y a Tylor primero invocaba,  
luego al padre Schmidt que lejos estaba,  
del diablo cojuelo también se acordaba  
e de Gordon Childe (¡era el que faltaba!),*

hasta que por fin la Virgen hace el milagro y don Illán se aparta de la pecaminosa vía a la que el brujo quería llevarlo;

*en cambio don Julio a Vasconia volvió,  
con hechicera vieja allí se amancebó,  
esta al poco tiempo en asno le tornó,  
sirviendo a un molinero sus años vivió<sup>15</sup>.*

He ahí a don Julio disfrazado de nigromántico y poniendo en solfa, hacia 1958, su propia figura, la de su amigo, la magia, la escuela histórico-cultural germánica y la funcionalista oxoniense, todo ello revuelto con memorias de Berceo, don Juan Manuel, Frazer y Apuleyo. Lo mismo hacía con sus amigos, desplegaba un humor muy suyo, siempre contando anécdotas, o «rezumando autores», como diría Quevedo, porque los había convertido en sangre de sus venas. También nos explicó la razón de todo ello:

«La capacidad de enriquecimiento que da la lectura desinteresada es enorme. Hay que

leer lo que se pueda, en direcciones múltiples y en las formas más variadas... Vivimos en un país de cultura de periodiquito. Hay gentes que con leer un periódico creen que ya están al cabo de la calle».<sup>16</sup>



Para el público más serio, la obra de don Julio es precisamente eso, lectura tan desinteresada como enriquecedora. Se la podría comparar con la música, a la que él era tan aficionado,<sup>17</sup> una y otra dominios difíciles de abarcar, y por idéntico motivo: su escasa tradición en este país. De la Música y de la Antropología prescinden, en general, nuestros paisanos, o se contentan con sucedáneos. Se puede vivir sin ellas, obviamente; solo una vez conocidas, cae uno en la cuenta de lo que estaba perdiendo. Para terminar, ya que hemos mencionado la música, de la que hay huellas en muchos ensayos de don Julio, aparte los dedicados a Mozart y Wagner, mencionaremos aquí el titulado «La canción y sus misterios», para el cual se documentó con discos y tratadistas, y donde nos revela que su afición le viene desde la niñez, cuando escuchaba canciones italianas en un viejo gramófono. El mismo trabajo deja constancia de lo horribles que le parecen, en cambio, las «producciones musicales (llamémoslas así), de la sociedad norteamericana especialmente... Es sabido que los gustos son variables —concluye—; pero en lenguaje coloquial también se dice que los hay buenos y malos, e incluso que los hay que merecen palos».<sup>18</sup>

Antes hemos citado a don Ramón Carande, que supo notar cómo don Julio subordina la teoría a la observación concreta de hechos cuya multitud y terquedad imponen respeto. Ahora, para concluir, recordaremos a otro amigo suyo, don Manuel Alvar, en ocasión parecida, puesto que respondió a su discurso de entrada en la Real Acade-

mia de la Lengua en 1986. Al comentar, según era inevitable, el saber enciclopédico del nuevo académico, habló asimismo de esa atención a mil hechos menudos que le permitió llegar al mundo de las ideas con una visión integradora y no fragmentaria, lo que remata con estas palabras: «El error en que tantas veces cae la ciencia moderna Caro Baroja lo supera gracias a su enorme capacidad de síntesis».<sup>19</sup>



## Notas

1. Francisco Castilla, *El análisis social de Julio Caro Baroja: empirismo y subjetividad* (Madrid: CSIC, 2002); *id.*, «Metodología en la obra de Julio Caro Baroja», *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, XXXIV (julio-diciembre de 1989), pp. 273-284; «Amistad y discrepancia sobre la sociedad vasca: las relaciones entre Julio Caro Baroja y José Miguel de Barandiarán», *Revista de Occidente*, 295 (diciembre de 2005), pp. 35-56.
2. Julio Caro Baroja, *La sociedad criptojudía en la corte de Felipe IV*. Contestación de D. Ramón Carande y Thovar (Madrid: Maestre, 1963), pp. 145-146.
3. Julio Caro Baroja, Emilio Temprano, *Disquisiciones antropológicas* (Madrid: Istmo, 1985), p. 40.
4. «Yo soy un etnólogo o antropólogo cultural, injerto en historiador» (*La ciudad y el campo*, Madrid: Alfaguara, 1966, p. 202). Mayor detalle da en su declaración ante la Academia de la Historia: «He sido hombre que ha andado a tientas en su vocación: historiador de la Antigüedad, con ribetes de arqueólogo primero, etnógrafo después, al fin dudé entre la Antropología Social y la Historia Social y he aquí que, rondando la cincuentena, es cuando puedo afirmar que es esta última disciplina la que pienso seguir cultivando preferentemente mientras viva» (*La sociedad criptojudía...*, *op. cit.*, pp. 11-12).
5. *El análisis social*, *op. cit.*, p. 324.
6. Como «inquisitivo insaciable, capaz, si no me engaño, de contagiar al lector la sed de proseguir averiguando», lo describe Carande en el discurso citado (*La sociedad criptojudía...*, *op. cit.*, p. 132).
7. «Creo que todo puede decirse sin utilizar demasiado las jergas profesionales» (*La ciudad y el campo*, *op. cit.*, p. 132). Una vez más lo había descrito magistralmente Carande: «Digiere y asimila interminables lecturas, sin invocarlas; lo aprendido no le empacha, ni nos empalaga encareciéndolo. Es humilde, rasgo raro entre hombres de pluma, más bien vanidosos como pavos reales; respeta la humildad de sus mejores lectores; se incluye, con reservas, entre los técnicos, nunca entre los científicos» (*op. cit.*, p. 146).
8. R. Carande, *op. cit.*, p. 131.
9. Félix Marañón, *Julio Caro Baroja, el hombre necesario (1914-1995)* (San Sebastián: Bermingham, 1995), p. 105.
10. Del congreso celebrado en San Sebastián en 1972 recuerda que salió «acuñada y vulgarizada una palabra horrible: la de *Brujología*. Es decir, la *bruja* de nuestro romance más popular unida al *logos* griego. Una palabra, pues, que participa de lo más vulgar y de lo más pretencioso. Como un paleta endomingado». Julio Caro Baroja, *De la superstición al ateísmo (Meditaciones antropológicas)* (Madrid: Taurus, 1974), p. 201.
11. Julio Caro Baroja, *Lo que sabemos del folclore* (Madrid: Gregorio del Toro, 1967), p. 8.
12. *De la superstición al ateísmo*, *op. cit.*, p. 11. En la misma página se define como no creyente, y más adelante insiste: «He de ser considerado como hombre poco religioso... Mi religiosidad se inclina al Paganismo, en el más estricto sentido de la palabra» (p. 204).
13. Julio Caro Baroja, Francisco J. Flores Arroyuelo, *Conversaciones en Itzea* (Madrid: Alianza, 1991), p. 150. De su libro sobre los judíos dice esto trece años después de su publicación: «Creo que ha sido poco leído (aunque se haya opinado mucho acerca de él)» (*De la superstición al ateísmo*, *op. cit.*, p. 246).
14. *Conversaciones en Itzea*, *op. cit.*, p. 138.
15. Julio Caro Baroja, «Fantasía oxoniense, católica y medieval, en mester de clerecía», Honorio M. Velasco (ed.), *La Antropología como pasión y como práctica. Ensayos in honorem Julian Pitt-Rivers* (Madrid: CSIC, 2004), pp. 35-41.
16. *Disquisiciones antropológicas*, *op. cit.*, pp. 40 y 314.
17. «En este momento de mi vida [hacia 1984], hay que reconocer que la música me distrae y me da una razón de subsistencia casi tan grande como la literatura. Si quiere usted, en este momento, más» (*Disquisiciones antropológicas*, *op. cit.*, p. 263).
18. Julio Caro Baroja, *Fragmentos italianos* (Madrid: Istmo, 1992), p. 144.
19. Julio Caro Baroja, *Género biográfico y conocimiento antropológico... Contestación del Excmo. Sr. don Manuel Alvar López* (Madrid: Real Academia Española, 1986), pp. 47-48.